

## PROLOGO

Jordi Nadal

**H**ace veinte años hube de manifestar la perplejidad que me causaba el silencio en que los andaluces mantenían su pasado minero. Hacia 1970 los colegas de Sevilla, Málaga y Granada, los centros universitarios de entonces, se llenaban la boca con los problemas del latifundio, que tango juego habían dado en el período de libertades republicanas, y no emitían vocablo acerca del esplendor, apenas extinguido, de minas y fundiciones. Desde mi asombro, tardé poco en comprender que la omisión podía ser ingenua pero no inocente. En su edad de oro, desarrollada entre 1820 y 1914, la minería regional había sido un enclave extranjero. En la época franquista, de exaltación de los valores nacionales, la historia minero-metalúrgica de Andalucía se presentaba como un episodio de dependencia y humillación que los indígenas no querían, no podían, no debían asumir. Hurgando en la herida, desde el otro lado de la trinchera, el libro de David Avery, publicado en 1974, se empeñaría en darles la razón: *Not on Queen Victoria's Birthday. The story of Rio Tinto Mines*, es decir: "No (se trabaja en las minas) el día del cumpleaños de la reina de Inglaterra", o, lo que es lo mismo, "La *british rule* regula la vida entera del minero onubense, inclusive su calendario laboral". Aunque tácita, la consigna era clara: "la historia minera, reservada a quienes se hubiesen beneficiado con ella". No por comprensible la actitud precedente era digna de elogio. El pasado es uno e indivisible. Asumirlo sólo en parte es signo de inmadurez. La tradición de los pueblos adultos es un agregado de éxitos y fracasos. El olvido de una parcela vicia, además, la comprensión de las restantes. Sin el trasfondo minero resultarían inexplicables bastantes rasgos fundamentales de la realidad socio-económica andaluza. El trazado de la red ferroviaria no sería el que ha sido. Los puertos de Huelva y Almería tendrían otra configuración. La deforestación de amplísimas zonas de monte alcanzaría dimensiones menos dramáticas. Los procesos de erosión y desertización que acompañan a la anterior parecían más fáciles de contener. Ciertas actitudes muy enraizadas en el mundo del trabajo (como la falta de iniciativa o la consideración de la gran empresa como garantía de duración y seguridad en el empleo) no lo estarían tanto. Etc.

Por fortuna, las cosas han empezado a cambiar. El Estado de derecho está despertando el sentido de responsabilidad. La autonomía regional implica al ciudadano en el ejercicio y el control del poder. La explosión universitaria, con centros en cada capital de provincia, a veces tan precarios, multiplica el número de investigadores y de temas por investigar. Como el resto de los españoles, el andaluz se está volviendo crítico, inquisitivo y culto. Este bagaje le capacita para conocer y aceptar la verdad. Con el ansia de saber, la historiografía adquiere brío y rigor ejemplares. Desaparecen de su ámbito los temas tabú. El pasado entero, sin claroscuros, penetra en su punto de mira. La historia de la minería emerge con empuje excepcional. La desazón que su



lectura pueda producir será prenda de lucidez en el momento de buscar soluciones valederas a los problemas de la comunidad. El conocimiento histórico paga siempre.

Para la Penibética especialmente (Andalucía Oriental y Murcia) la cosecha de estudios de historia minera ya es ubérrima. Recae en Manuel Titos, profesor de la Universidad de Granada, el mérito de la primera siembra. Descontada una pléyade de artículos de revista, cinco libros y un casi-libro, excelentes en todo caso, han visto la luz en bastante menos de una década. Impresiona citarlos juntos. Por orden de aparición, son éstos: *La minería del Levante almeriense, 1838-1930. Especulación, industrialización y colonización económica*, de Andrés Sánchez Picón, responsable del Departamento de Historia del I.E.A., publicado en 1983; *Fundidores, mineros y comerciantes. La metalurgia de la Sierra de Gádor 1820-1850*, de Miguel Angel Pérez de Perceval, adscrito al Departamento de Historia Económica de la Universidad de Murcia, en 1984; *La minería alpujarreña en la primera mitad del siglo XIX*, de Gregorio Núñez Romero-Balmas, profesor de la Escuela de Estudios Empresariales de Granada, impreso en sucesivas entregas del "Boletín Geológico y Minero", en 1985; *La minería murciana contemporánea (1840-1930)*, de Juan Bta. Vilar Pedro M.<sup>a</sup> Egea, profesores del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Murcia, en 1985 y 1990 (segunda edición); *El marquesado del Zenete, tierra de minas. Transición al capitalismo y dinámica demográfica (1870-1925)*, de Aron Cohen, titular del Departamento de Geografía de la Universidad de Granada, en 1987; y *La minería almeriense contemporánea (1800-1930)*, del citado Pérez de Perceval, en 1989. Por si fuera poco, la lista se incrementará en breve con una segunda parte de la obra de Vilar-Egea, dedicado ahora a la etapa 1930-1985, y un nuevo libro de Sánchez Picón, sobre la integración de la economía almeriense en el mercado mundial, que establecerá el engarce entre el ciclo exportador de la minería y los de la barrilla, el esparto y la uva. Más no puede pedirse.

Sin perjuicio de la individualidad y la originalidad de cada uno de ellos, los trabajos acabados de citar tienen en común el haber sido escritos "desde dentro", por gente nativa o enraizada en el país. El paisanaje ha facilitado la consulta de las fuentes locales, la adecuada comprensión del contexto, la recuperación del hilo que une el presente con el pasado. La última me parece especialmente importante. La realidad moderna viene siempre condicionada por la trayectoria anterior. Aunque en apariencia puedan haberse borrado, las huellas del pretérito son indelebles. Cualquier balance de la minería decimonónica hecho del lado español debe atender a la situación en que ahora, a fines del siglo XX, se encuentran las zonas afectadas. La riqueza de antaño y la pobreza de hogaño forman un todo. Al absolver y bendecir el protagonismo extranjero en la edad de oro de la minería andaluza, los colegas de la escuela ultraliberal olvidan la situación de atraso

en que, en la presente centuria, las diversas zonas de la Andalucía minera han venido a parar. El historiador autóctono, que toca y sufre a diario las secuelas de los extintos fulgores, se halla mejor pertrechado que el de fuera para percibir los límites del desarrollo ochocentista. Del mismo modo que la delimitación precisa de ese desarrollo constituye el punto de partida inevitable para afrontar los problemas del subdesarrollo actual (una constatación y no un juicio de valor, como ya advirtiera, a propósito justamente del libro de Cohen, el maestro Pierre Vilar).

El legado físico de la minería es el menos mudable y el más perecedero. Los términos no son contradictorios. Situadas en la bocamina, las instalaciones de superficie suelen levantarse lejos de los núcleos habitados, en parajes marginales, inadecuados para otros menesteres. A diferencia de lo que sucede con la mayoría de los equipamientos fabriles, no son reconvertibles. Una vez cesado el laboreo y/o el beneficio, entran en un proceso de abandono que no se detendrá. A corto plazo, se yerguen enhiestas e incólumes. A plazo más o menos largo, acaban arrasadas por la acción del tiempo y de los seres vivos.

Las instalaciones minero-metalúrgicas del Levante almeriense, y más precisamente de la Sierra Almagrera, que fue uno de los puntos neurálgicos de la minería y metalurgia mundiales a mediados del siglo XIX, se hallan en trance de desaparición. Los barrancos que albergan esas ruinas forman hoy un territorio áspero, desnudo, inhóspito, desprovisto del menor atractivo. El visitante, en caso de haberlo, tiene dificultades insuperables para imaginar la actividad frenética que, en tiempo no lejano, la fiebre minera le comunicó.

A suplir muy ventajosamente este esfuerzo acuden las fotografías de José Rodrigo. El fotógrafo lorquino tuvo el talento y el olfato necesarios para plasmar, de forma magistral, una eclosión tan fulgurante como efímera. El material que nos ha legado no tiene precio. Literalmente, sus fotos hacen historia. De haberlas conocido, cabe pensar que hubieran podido inspirar a alguno de aquellos productores que, hace pocos años, eligieron el suelo almeriense para escenario de sus *westerns*. ¿Acaso la carrera tras la plata del Jaroso no prefigura el *rush* americano en pos del oro de California?